



# **“TU ESPOSO SERÁ TU CREADOR”**

(Is 54, 5)

**LA CASTIDAD CONSAGRADA**

*Hermano Yannick Houssay, s.g.*

**Enero de 2010 - Circular n° 304**

**HERMANOS MENESIANOS**



## Sumario

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>5</b>
<b>TODOS LLAMADOS A UN AMOR CASTO .....</b>	<b>9</b>
1. La radicalidad del amor.....	11
2. Un cuerpo para el Señor. ....	13
3. Dios, fuente del amor. ....	14
4. La vocación de todo cristiano.....	16
<b>EL VOTO DE CASTIDAD, UN DON PARTICULAR .....</b>	<b>23</b>
1. Recibir un don gratuito. ....	24
2. Dejarse seducir por Cristo. ....	25
3. Ser una profecía para el mundo. ....	28
4. Ser portador de vida, en Cristo.....	30
5. Morir a sí mismo para vivir en verdad.....	32
<b>VIVIR A DIARIO LA CASTIDAD CONSAGRADA .....</b>	<b>37</b>
1. Decidir firmemente.....	37
2. Amar a la manera de Cristo.....	40
3. Ser adulto en la fe.....	42
4. Amar a Dios por encima de todo : la oración.....	45
5. Luchar con perseverancia.....	47
6. Amar a sus hermanos: la “virginidad” comunitaria.....	51
7. Vivir las múltiples relaciones humanas.....	53
8. Aceptar los propios defectos.....	55
<b>MARÍA, VIRGEN Y MADRE .....</b>	<b>59</b>

## Índice de siglas

### Concilio Vaticano II :

AA: Apostolicam Actuositatem, Decreto sobre el apostolado de los laicos.

AG: Ad Gentes, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

DV: Dei Verbum, Constitución dogmática sobre la Revelación divina.

GS: Gaudium et Spes, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

LG: Lumen Gentium, Constitución dogmática sobre la Iglesia.

OT: Optatam Totius : Decreto sobre la formación de los sacerdotes.

PO: Presbyterium Ordinis, Decreto sobre el ministerio y la vida de los sacerdotes.

PC: Perfectae Caritatis, Decreto sobre la renovación y adaptación de la vida religiosa.

### Exhortaciones apostólicas:

ET: Evangelica Testificatio, Exhortación apostólica del Papa Pablo VI sobre la renovación de la vida religiosa, el 29 de junio de 1971.

OE: Orientamenti Educativi, 1974.

RM: Redemptoris Missio, Juan Pablo II, el 12 de julio de 1990.

SC: Sacerdotalis Coelibatus. Pablo VI, el 24 de junio de 1967.

VC: Vita Consecrata, Exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la vida consagrada, el 25 de marzo de 1996.

### Otros:

CIC: Catecismo de la Iglesia Católica, 1992.

## **INTRODUCCIÓN**

Hermanos, ¿quiénes somos nosotros? Desde hace algunos meses, nos hemos preguntado por nuestra identidad, cosa que parece preocupar hoy a mucha gente, incluso fuera de la vida consagrada y de la Iglesia. ¿Tendremos, pues, dificultades para situarnos en este mundo que nos obliga a preguntarnos esto? ¿Hemos perdido el “hábito” que nos sentaba tan bien el día de nuestros primeros votos o de nuestra profesión perpetua? ¡Al comienzo de nuestra vida religiosa, no nos preguntábamos por nuestra identidad! Todos sabíamos cuál era. Nosotros mismos estábamos identificados claramente con nuestro lugar y nuestra misión. Al menos, lo pensábamos. El “hábito” de nuestra identidad nos iba de maravilla. Nos habíamos “revestido de Cristo” según el carisma de Juan María de la Mennais, en esta familia religiosa que nos había atraído. Y nosotros estábamos felices en ella.

Lejos de mí la idea de recurrir de nuevo, en esta circular, al tema de nuestra identidad. Mi deseo es, más bien, tratar nuestra

vocación de Hermano a través de uno de nuestros tres votos, el de la castidad consagrada.

Para iniciar una presentación oportuna de este voto, es deseable, por supuesto claro está, tener en cuenta a cada uno en particular, su andadura personal, su edad y su cultura y la etapa en la cual se encuentra. Cuando uno tiene veinte años por ejemplo, no se entiende el voto de castidad de la misma manera que cuando se tiene cuarenta, sesenta o más. Sin embargo, no podré entrar aquí en todas estas consideraciones. Cada uno, pues, sabrá buscar lo que le conviene. Espero, al menos, despertar el deseo de profundizar mejor en el sentido de nuestra vida de Hermano por medio de un nuevo descubrimiento de nuestro voto de castidad.

Nos hemos formado a través de nuestros avances y retrocesos, de nuestros éxitos y fracasos. A pesar de nuestro pecado y gracias a la misericordia de Dios, hemos ido modelando poco a poco la imagen de Cristo. De este modo, la verdadera vestidura que el Espíritu nos ha preparado, diferente para cada uno en la comunión de un mismo carisma, hace de nosotros verdaderos discípulos de Cristo que el Padre quiere invitar a su banquete.

Examinaré aquí el voto de castidad bajo el aspecto de la espiritualidad que es su indispensable apoyo. Me gustaría, por tanto, ayudar a comprender mejor la belleza de este voto que, en la medida de nuestra rectitud de corazón, está llamado a iluminar nuestra existencia. Para llegar a lo más profundo del significado del celibato consagrado, tendremos que bajar, pues, a lo más íntimo de nuestro ser. Allí se encuentra nuestro Dios, la Trinidad, que ilumina el rostro de las que y de los que han hecho voto de ser “virgen” por el Reino. Si nos quedamos en la superficie de nuestro ser, corremos el riesgo de no llegar a comprender la hermosura de una vida radicalmente consagrada; la entenderemos como un peso del cual buscaremos liberarnos. Efectivamente, son numerosas las compensaciones que pueden empañar una vida que está llamada, a pesar de todo, a brillar.

La sociedad de hoy procura seducirnos. ¡Si no estamos vigilantes, sólo escucharemos este mensaje: “come, bebe, goza, consume, sáciate”! ¿No es insuficiente para quien busca la verdadera vida? Sin embargo, ¿no hemos sucumbido, a veces, al canto de estas sirenas?

Lo sabéis muy bien, que es difícil hoy día hablar de este voto. Sin embargo, en todas las latitudes, las que y los que lo viven, aparecen todavía y siempre como testigos de una intimidad y fuerza interior que todos buscan. El mundo tiene necesidad, más que nunca, de estos hombres y mujeres que están en el mundo sin ser del mundo, como una semilla que propaga la vida y cuya existencia no tiene sentido más que porque se abre a una realidad que va más allá de lo visible.

« *Se mantiene firme, como aquel que ha visto al invisible* » se dice de Moisés (He 11, 27). El Hermano, consagrado a Dios y por Dios, es llamado a mantenerse firme « *como si viera al invisible* » (cf D 8), poniendo su fe en Aquel que está en él, « *como fuente que salta hasta la vida eterna* » (Jn 4, 14).

En la primera parte, vamos a dedicar un tiempo para recordar que todos los cristianos están llamados a la santidad, tanto dentro del matrimonio como en el celibato consagrado.

Después nos dedicaremos a comprender mejor el sentido de una vida totalmente dedicada a Dios en la virginidad consagrada.

A continuación examinaremos, en nuestra vida diaria y teniendo en cuenta nuestra fragilidad humana, lo que pueda ayudarnos a vivir mejor este voto dentro de la Iglesia y en el mundo actual.<sup>1</sup> 1

---

<sup>1</sup> El 150º aniversario de la muerte de Juan María de la Mennais no se tratará aquí. Hay que esperar la entrada oficial en el año de Juan María de la Mennais, en Noviembre de 2010, para celebrar juntos a nuestro Fundador. Por ahora, todas las Provincias y Viceprovincias están sumidas en los preparativos de este gran aniversario.



# 1

## **TODOS LLAMADOS A UN AMOR CASTO**

En estas páginas me dirijo sólo a los Hermanos, como ya lo he hecho en otra circular. Podía haber optado por escribir a toda la Familia menesiana. Sin embargo, pienso que es necesario dar a cada uno lo que le conviene. El Superior general tiene una misión específica para con los Hermanos, bien definida en el Código de derecho canónico y en la Regla de Vida. Su misión con los laicos de la Familia menesiana no es del mismo orden. El diálogo del Superior general con los Hermanos es, por tanto, necesario y le permite abordar los puntos que son específicos para ellos por su consagración, su misión y su pertenencia a la Congregación.

La experiencia nos muestra, sin embargo, que los laicos encuentran un alimento apropiado en las circulares. Toman lo mejor

para ellos y lo adaptan a su propia vocación. Otras publicaciones como *La Mennais Magazine*, los *Estudios Menesianos*, la *Carta a la Familia Menesiana*, y también escritos como *la Espiritualidad de un hombre de acción*, *Espiritualidad Menesiana*, *15 días para orar con Juan María de la Mennais*, etc., pueden aportar también a todos elementos de formación.

Al abordar aquí, para los Hermanos, el voto de castidad consagrada, tendremos pues "in mente" la riqueza de compartir las vocaciones dentro de la Iglesia, comunión de vocaciones. Tenemos la gracia de poder experimentar, en el seno de la Familia menesiana, que todos estamos llamados a vivir un amor cuya fuente está en Dios. Es a través de la gracia de nuestro bautismo como vivimos nuestra común vocación a la santidad a través de las vocaciones más específicas, el matrimonio o el celibato no elegido, la vida consagrada o el sacerdocio.

Respecto a la diversidad que ofrecen estos caminos de vida queridos por el Espíritu, enriquecemos a la Iglesia y dejamos oír la Buena noticia de Cristo, venido al mundo para salvarnos. Los que son miembros de esta Familia reciben y expresan el carisma menesiano para el bien del Pueblo de Dios, cada uno según los carismas propios que el Espíritu le ha confiado. La llamada al celibato consagrado es uno de estos carismas<sup>2</sup> que adornan la Iglesia y que se vive muy a menudo dentro del carisma de la congregación. Es reconfortante saber que todos, en la Iglesia, recibimos del Espíritu

---

<sup>2</sup> La palabra "carisma" evoca diferentes realidades profundamente unidas, ya que son dones del Espíritu. « La manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno para el bien común » dice San Pablo (1 Co 12, 7). Hay algunos ejemplos del uso de este término en los textos del Concilio Vaticano II : Habla del « carisma de la infalibilidad de la Iglesia » (LG 25) y también de « estos carismas, más sencillos de por sí » (AA 3) que reciben los fieles laicos. Para el Concilio, también son carismas, « la vocación misionera que nace en el corazón del individuo » y los « Institutos religiosos » suscitados por el Espíritu (cf. AG 23).

unos dones para el crecimiento de todo el cuerpo y la santificación de nuestros hermanos y hermanas humanos.

Quiero añadir que esta circular os llegará en medio de un año cuyo lema es: “Tejer lazos a la manera de Jesús”. Estas páginas nos enseñarán que el voto del celibato consagrado nos hace hermanos de todos. Ser Hermano, es nuestro estilo propio de tejer lazos de caridad y de fraternidad con todos, a imagen de Jesús.

## 1. La radicalidad del amor.

Cristo no ha establecido grados de perfección. Se dirige a todos, incluso habla a cada uno de una manera particular y le pide lo que sólo él puede aportar. Para Él, cada uno es único, pero todos son de su familia. No deja a nadie de lado. A cada uno le confía una misión. Invita a los que quieren ser grandes, a que se hagan pequeños para servir a los demás. Nos invita a asemejarnos a los niños, porque así podremos entrar en el Reino. Nos invita también a ser adultos en la fe.

Todos estamos llamados a amar de una manera radical. ¡ No se puede ser cristiano a medias ! Los tibios no tienen sitio entre los “seguidores” de Jesús. Para aquel que ha entendido la ley del amor, no es posible llenarse de amor más que dándolo, sin ir a buscarlo más lejos. En el Evangelio conocéis las excusas de los invitados al banquete: “*He comprado un campo y tengo que ir a verlo, te ruego que me disculpes.*” Respuesta que suscita esta reacción del dueño: “*Ninguno de los convidados probará mi banquete*” (Lc 14, 17; 24).

En el mandato único del Amor, se resume todo el Evangelio. «*La santidad en la Iglesia se halla favorecida de manera muy especial por los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio a sus discípulos*» (LG 42).

Por eso, la virtud de la castidad no está reservada solamente a los religiosos. Es la “calidad del amor” dice un cartujo. Tanto en el celibato como en el matrimonio, todos están invitados a la perfección del amor, de un amor puro, casto, liberado de la búsqueda de sí mismo, ofrecido gratuitamente. Ésta es la cualidad del amor que debemos alcanzar en el difícil pero hermoso camino de la vida.

Jesús no cesa de invitarnos a vivir con rectitud de corazón para que podamos amar hasta dar nuestra vida por aquellos a quienes queremos. Perdonar hasta setenta veces siete, dar sin esperar la vuelta, etc., esto es para todos. En todas las culturas hay unas exigencias de vida, enraizadas fuertemente en una viva relación con Cristo. A todos se les pide que den no sólo de lo superfluo, sino también de lo necesario, como la viuda del Evangelio.

Sólo un corazón que se ha dejado tocar por el Señor, puede comprender el sentido de una prohibición como la que Jesús dirige a sus discípulos: “*Todo el que mira a una mujer casada deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón*” (Mt 5, 28). El otro no es un objeto, sino una persona por la cual debemos estar dispuestos a morir a nosotros mismos. Sólo a este precio se puede comprender la belleza del amor.

Estas exigencias de vida comprometen a los religiosos hasta el don total de sí mismos. Pero están dirigidas a todos. No es raro encontrar personas, jóvenes en particular, que están dispuestos a dedicar uno o varios años de su vida a los más pobres. Conocemos a jóvenes, menesianos o pertenecientes a otros grupos o asociaciones, que a través de una de estas experiencias han abierto su espíritu y su corazón al don total de sí mismos. El amor verdadero no soporta desviar la mirada ante la miseria del otro. Cuántas veces, al encontrarnos con pobres en nuestro camino, esta palabra de Jesús nos viene impuesta: « *¡Es a Mí a quien me lo hacéis!* » (cf Mt 25, 40). Amar al pobre, es aceptar y llegar a ser pobre con él. De lo contrario, sólo es una fachada; eso no es amor.

## 2. Un cuerpo para el Señor.

El hombre va al encuentro de la mujer, diferente de él, con todo su ser, teniendo en cuenta sus dimensiones físicas, psíquicas y espirituales. Este encuentro amoroso es total y exclusivo. En caso contrario, no es verdadero; no es casto. La castidad es capaz de darse sin retorno, de una manera definitiva y total. El hombre o la mujer ofrecen la totalidad de su ser a su cónyuge. Esta comunión es sponsal, como lo sugería Juan Pablo II en una catequesis del 25 de junio de 1980, « *el cuerpo humano es una palabra que viene del amor que se entrega y crea comunión.* » El hombre casado entrega a su esposa su cuerpo, su corazón y su alma, su todo. Ella a su vez hace lo mismo con su marido. Los dos se consagran el uno al otro para no ser más que una “sola carne” ».

Sus cuerpos son revelación y mediación del amor que les une y les abre a un verdadero camino de santidad. En la homilía de la ceremonia de beatificación de Luigi y María Beltrame Quattrocchi, el 21 de octubre de 2001, Juan Pablo II declaraba: « *Queridas familias, hoy tenemos la confirmación singular de que el camino de la santidad se puede realizar juntos, en pareja, que es posible, es hermoso, es extraordinariamente fecundo y que es fundamental para el bien de la familia, de la Iglesia y de la sociedad.* ».

El Consagrado, en lo que se refiere a él, se entrega totalmente a Dios. En Él encuentra su plenitud. Pertenece de una manera muy especial a Cristo. En respuesta a su amor, se siente llamado a entregarle todo de una manera definitiva y exclusiva. Éste es el don de la castidad consagrada, una vocación específica en la Iglesia y para la Iglesia.

El Hermano llega a ser el lugar de una presencia particular de Cristo. Su virginidad consagrada es « signo y manifestación » del amor a Cristo y del amor de Cristo. Puede decir con Jesús: « *No quisiste sacrificios ni ofrendas, en vez de eso me has dado un cuerpo.... Entonces dije : aquí estoy yo.* » (He 10, 5 ; 7). La expre-

sión paulina: « *El cuerpo es para el Señor y el Señor es para el cuerpo* » (1 Co 6, 13), contiene en este sentido una fuerza nueva. El amor radical a Cristo, en efecto, compromete a nuestro cuerpo tanto como a nuestro espíritu y nuestra alma.

La Iglesia misma, Cuerpo de Cristo, es signo del amor de Dios al mundo. Es el lugar donde se vive plenamente este amor-oblación que es la característica de un amor casto, un amor no posesivo de aquél que se ofrece totalmente al otro. Nuestro cuerpo está llamado a ser signo y expresión de este amor-oblación que se opone al amor corrompido que retorna a sí mismo.

El hombre y la mujer se entregan el uno al otro por la unión de sus cuerpos. Se dan de manera exclusiva con un amor que se abre a la vida. Igualmente, el consagrado se entrega totalmente a Cristo y a Él solo, en cuerpo y alma, con un amor que el Espíritu hace fecundo. El voto de castidad consagrada introduce al religioso en un camino de identificación progresiva con Cristo en su condición terrestre. Es un acto que transforma el ser y manifiesta la relación filial del hombre con Dios, aún más que la condición del hombre o de la mujer. El estado de vida del consagrado genera, por vocación, lazos de fraternidad. El cuerpo, el espíritu, el corazón, todo en él es para Dios. Pertenece a Dios, como un hijo pertenece a su padre. En Dios y en la Iglesia, es el hermano de todos.

### **3. Dios, fuente del amor.**

« *Y dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...”* » (Gn 1, 26a). Sólo en la cima de la creación, el hombre busca a Aquél de quien es la imagen. En el mundo creado, con un gran deseo de conocer su origen, está insatisfecho. Pero dentro de su ser está grabado el sello de Dios.

« El Señor dijo: “No está bien que el hombre esté solo. Es necesario que tenga la ayuda que le corresponde » (Gn 2, 18). El hombre, cuando iba dando nombre a todos los animales, a los pájaros del cielo y a todas las fieras salvajes... « no encontró la ayuda correspondiente » (Gn 2, 20). Entonces « el Señor formó a una mujer y se la presentó al hombre. Éste exclamó: “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” » (Gn 2, 23). El hombre y la mujer se convierten el uno para el otro en revelación e imagen de Dios. Pero, atraídos el uno por el otro, se sienten llamados fundamentalmente a volverse hacia Dios y lo desean. « Dios se dirige a los hombres como amigos y habla con ellos para invitarlos a la unión consigo y recibirlos en su compañía » (DV 2). Esta unión nos introduce en la fraternidad universal. « Establece una cierta semejanza entre la unión de las Divinas Personas y la unión de los hijos de Dios en verdad y caridad » (GS 24, 3).

El amor del hombre y de la mujer introduce en la unión con Dios. Se produce un cambio real en ellos, ya que están llamados a no ser más que una sola carne. Sin embargo, el ser humano está siempre solo frente a su cónyuge. El amor que les une, uno al otro, es mediación y revelación, pero también “llamada y nostalgia” de otro Amor. Es en Dios solo donde es posible la verdadera unión. A través del matrimonio, en un camino lento y fiel de maduración, los cónyuges purifican poco a poco el amor de sus atracciones egoístas.

Los que hacen el voto de castidad deben conseguir esta misma transformación, pero sin la mediación de la carne. Renuncian a la expresión genital de la sexualidad, pero no a su dinamismo profundo que les lleva al encuentro con los demás y a entregarse a ellos. La castidad consagrada no neutraliza la afectividad ni la sexualidad. Al contrario, refuerza el significado más profundo de la sexualidad humana en el don radical de sí mismo a Dios y a los hermanos. « Sólo quien pueda afirmar que su celibato, no solamente no le ha cerrado las puertas del amor, sino que le ha ense-

*ñado a encontrarlo, podrá proclamar toda la fuerza de su virginidad* »<sup>3</sup>.

El hombre tiende naturalmente hacia la mujer para unirse a ella y no ser con ella más que una sola carne. De esta unión nacen los hijos, fruto de su amor. Poco a poco, sin embargo, Dios les muestra que su fecundidad no se mantiene solamente mediante la expresión carnal de su amor como don recíproco. Transfigura esta unión para abrirles a ambos a otra fecundidad que viene del Espíritu Santo.

Ésta es la única fecundidad que, por su parte, anhela el consagrado. Y no puede conseguirla más que por su unión con Dios y no por los méritos personales. Es un don gratuito de Dios. Esta vocación sólo se puede entender desde el único punto de vista de la fe. « *¡Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no tiene sentido... somos los más desgraciados de los hombres!* » (1 Co 15; 19)! Manifiesta entonces que Dios solo colma la sed de amor que existe en el corazón de cada persona. Por su consagración, el Hermano se presenta ante los hombres tal como es ante Dios, como un hijo. Dios es su fuente de vida. Amándole por encima de todo encuentra la felicidad y puede transmitir la vida que tiene de Dios.

#### **4. La vocación de todo cristiano.**

- De la antigua a la nueva Alianza.

En el Antiguo Testamento, la virginidad no se vivía más que a la espera del matrimonio. Era una situación provisional. No casarse era un signo de esterilidad. No tener hijos era considerado como una desdicha. Por eso los profetas, a través de magníficas páginas,

---

<sup>3</sup> Arnaldo Pigna, *Appunti per una spiritualità dei voti*. Traducido al francés en las ediciones Beatitudes con el título : *Repartir de Jésus-Christ, la spiritualité des vœux*. P. 134

hablaron de la Alianza de Dios con su pueblo utilizando en ellas el símbolo nupcial: « *Tu creador es tu esposo, ... se llama el Dios de toda la tierra. Sí, como a una mujer abandonada y abatida, te vuelve a llamar el Señor... Por un instante te abandoné, pero conmovido con un gran cariño te uniré conmigo* » (Is 54, 5-7).

El celibato de Jeremías, a su vez, constituye una excepción, ya que ha sido elegido por Dios como signo de la esterilidad del pueblo infiel. La desgracia consiste en no ser fecundo a través del don de la vida de los hijos que son signos de la bendición de Dios.

Con el Nuevo Testamento, la verdadera vida es fruto del Espíritu Santo y no de la carne. María da al mundo un hijo por obra del Espíritu, ya que ella no conocía varón. La fecundidad es transfigurada. El matrimonio que era lo normal, llega a ser signo de una realidad superior que es el don de la vida divina. La verdadera unión es ahora la del Verbo con la humanidad, la de la Encarnación. El matrimonio humano se convierte en signo de este matrimonio “místico” entre Cristo y la Iglesia, al cual están invitados a entrar todos los hombres y mujeres por el bautismo.

En el Antiguo Testamento, la virginidad era cosa de las jóvenes que esperaban el matrimonio. En el Nuevo, el matrimonio humano es un camino que conduce poco a poco a amar al estilo de Cristo, de una manera virginal, girando radicalmente en torno a Dios de quien viene toda fecundidad. Es así, quizás, como debemos escuchar las palabras de Jesús: « *Si uno quiere ser de los míos y no me prefiere antes que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío* » Lc 14, 25). Todos están llamados a crecer con vistas a producir frutos espirituales que surgen de una relación sponsal con Dios en la Iglesia, la Esposa de Cristo.

- Vivir a la manera de Cristo.

Para entrar en la dinámica de la nueva Alianza, debemos escuchar a Jesús, pero también observar su vida y contemplarle. Su

vida es más elocuente que sus palabras. « *El mismo Jesús es la Buena Noticia, como declara Él en la sinagoga de su pueblo, en el comienzo de su misión, al aplicarse las palabras de Isaías sobre el Ungido, enviado por el Espíritu del Señor (cf. Lc 4, 14-21). En Cristo, que es la Buena Noticia, se da la confluencia entre el mensaje y el mensajero, entre el decir, el obrar y el ser. Su fuerza y el secreto de la eficacia de su acción residen en su plena identificación con el mensaje que anuncia: proclama la Buena Nueva no sólo por lo que dice o hace, sino por ser quien es* » (RM13)

Al contemplar a Jesús aprendemos lo que es el amor esponsal del Padre con la humanidad. Jesús es virgen porque pertenece totalmente al Padre y no dispone de sí mismo. Constantemente acude a su Padre; se ofrece al Padre. Del Padre recibe los beneficios que reparte abundantemente sobre todos los que se acercan a Él. A través de su carne, el Verbo es oblación y amor total. Nace para entregarse. Nace para morir de amor por el Padre y por nosotros. Éste es el sentido verdadero y pleno de un amor casto, del amor al que Dios nos llama: la capacidad de morir por amor, es decir, de ser oblación total de sí mismo a imagen de Cristo.

María, Inmaculada en su concepción por la gracia del Espíritu, no puede más que estar entregada enteramente a Dios y a los hombres. Porque ella ha recibido todo de Dios, entrega todo a Dios. Al contemplar a María, podemos comprender también lo que es vivir como Cristo. María es el modelo de las que y los que se comprometen en la virginidad consagrada. María es la realización perfecta de esta vocación y el lugar privilegiado de esta fecundidad. Ella es el modelo de todos los cristianos que aprenden de ella el amor oblativo que recibe su fecundidad del Espíritu.

- El discípulo de Cristo en la Iglesia.

Cada cristiano está llamado a ser el « lugar » de la Encarnación del Verbo. Entregar nuestro cuerpo a Dios, ser por gracia el

cuerpo de Dios, ésta es nuestra vocación; éste es el lugar de nuestra fecundidad.

Sea un casado, sea un consagrado o un sacerdote, el cristiano está llamado a ser Iglesia con sus hermanos, en profunda unión con todo el pueblo de Dios. Y dentro de la Iglesia, todo cristiano está llamado a entregarse totalmente a Dios. Por el bautismo, no se pertenece ya a sí mismo. Pertenece a su Creador y Salvador. Dios es, entonces, quien le hace capaz de amar a sus hermanos los hombres de una manera desinteresada. El religioso vive esta dimensión como un carisma, un signo particular. Pero todos están llamados a no pertenecer más que a Dios solo. Esta vocación es, por tanto, como una identidad que debe construirse, como una transformación progresiva de todo nuestro ser. Es una vocación de llegar a ser “virgen” por medio de una vida ofrecida a Dios radicalmente.

En la Iglesia, también el cristiano está llamado a ser “esposo”. El hecho de pertenecer a Dios excluye normalmente la posibilidad de pertenecer a otro. Como miembro de la Iglesia, el cristiano entra, por tanto, en una relación esponsal que es la de la Iglesia con Cristo, relación marcada por el matrimonio, y manifestada en la vida consagrada. En el consagrado, efectivamente, se vive el lazo único que cada uno debe tener con Cristo en la gran comunión de la Iglesia. « *La misma tradición ha puesto en evidencia también, en la vida consagrada, su aspecto de alianza única con Dios, e incluso de alianza esponsal con Cristo, como enseña San Pablo con su ejemplo (cf. 1 Co 7,7) y su predicación, bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. 1 Co 7,40)* » (VC93).

Por último, todo cristiano en la Iglesia está llamado a ser “madre”. Es la riqueza de una vida cuya fecundidad procede de Dios solo con la salvaguardia del Espíritu Santo de quien vienen los frutos espirituales de la Nueva Alianza. Toda vida camina hacia una plenitud de fecundidad espiritual. Al final, todos están llamados a ser « *Manantial que salta hasta la vida eterna* » (Jn 4, 14). Es la condición última de todo hombre y de toda mujer. El religio-

so está llamado a revelar esta fecundidad. “Sus hijos” no son de la carne. Aquellos/as que reciben el don del Espíritu, por el ejemplo de su vida y el ministerio de su palabra, pueden estar seguros/as de que ejercen por vocación una “paternidad” o una “maternidad” espiritual.

Sus hermanos y hermanas, laicos casados, cuentan con su fidelidad para poder recordar que ésta es también su vocación última. Y él, el consagrado, cuenta con la fidelidad en el matrimonio, para mantenerse en el único y exclusivo lazo que le une a Dios.

*PARA IR MÁS LEJOS.*

La gracia del bautismo se da a todos para alcanzar el pleno desarrollo tanto dentro del matrimonio como en el celibato. Lo que determina finalmente la elección es el sentido que uno da a la relación personal con Cristo. Para comprender lo que significa esta relación, basta abrir el Evangelio y ver cómo Cristo entra en relación con cada uno de los que encuentra. A cada uno le manifiesta un aspecto diferente del rostro de Dios. Cuando un día, alguien ha sido seducido por Dios y se ha visto llamado a consagrarse a Él, ¿no es, ante todo, para ser en este mundo un testigo escatológico, un mensajero del tiempo futuro? Una chica o un chico consagran a Dios su virginidad y se entregan a servirle en el celibato porque, de repente, Jesús se ha hecho presente en sus vidas. Este Jesús se ha hecho cercano y ha manifestado un amor tal, que cualquier otro sueño de amor ha sido descartado...

Cristo se presenta como el amigo que pide una respuesta.

Y. Raguin *Célibat pour notre temps*, citado en  
Le célibat, chemin de vie, de André Barral-Baron, Cerf.

*¿Podrías escribir lo que te atrajo el día que decidiste ser Hermano?*

*¿Qué percepción tienes hoy del voto de castidad consagrada, en ti mismo y dentro de la Iglesia, comunión de vocaciones? ¿Qué representa para ti?*



## 2

### **EL VOTO DE CASTIDAD, UN DON PARTICULAR**

Quienes son llamados a la virginidad consagrada responden de una manera original a la vocación común a la santidad. Se comprometen a llevar una vida en la que rehusan la forma natural de vida de la mayor parte de sus contemporáneos, la del matrimonio. Se trata claramente de *“una opción que se manifiesta en el radicalismo del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en Él, a cada miembro de la familia humana”* (VC 3). El Concilio Vaticano II ya lo decía: se necesita un don particular, una gracia de elección, para *« consagrarse a Dios solo, por la virginidad o el celibato, con un corazón entero »* (LG 42). Para ello es preciso tener la experiencia de una llamada personal: *« El Señor me llamó desde el seno ma-*

*terno* » (Is 49, 1). Sólo una persona que se siente elegida, escogida, preferida, puede responder a un amor que le llama. Sea cual sea el camino que nos condujo a ser Hermanos, debemos recordarlo. Sólo esta “experiencia espiritual” es la que puede dar una gran fuerza y vigor a nuestra vida. « *La forma de vida casta, pobre y obediente aparece como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra, un modo, por así decir, divino, porque es abrazado por Él, el Hombre-Dios, como expresión de su relación de Hijo Unigénito con el Padre y con el Espíritu Santo.* » (VC 18)

## **1. Recibir un don gratuito.**

« *La castidad “por el reino de los cielos”, que profesan los religiosos, se debe estimar como excelente don de la gracia* » (PC 12a) dice el Vaticano II. Es el misterio del amor de Dios. Dios no hace comparaciones entre los hombres. Para construir la Iglesia llama a cada bautizado y le confía una misión. El Hermano descubre la hermosura de la llamada que ha recibido, descubriendo al mismo tiempo la riqueza de la diversidad de vocaciones que embellecen la Iglesia. San Pablo deseaba que todos los hombres fueran como él. Sin embargo, tuvo que comprobar que « *cada uno recibe de Dios un don particular* » (1 Co 7, 7).

Recibir un don particular significa, efectivamente, que no todos se benefician de él, porque todos no lo comprenden. El mismo Jesús ponía en guardia a sus discípulos: « *No todos pueden comprender esto, sino sólo los que han recibido el don* » (Mt 19,11). La incomprensión no debe desanimar a quienes han recibido este don, incluso puede suceder que se transforme en acusaciones gratuitas y mentirosas. La rectitud del compromiso en el celibato consagrado, a veces se pone en duda. Frente a tales sospechas, tenemos el legítimo derecho a restablecer la verdad. Pero a menudo es mejor, no obstante, no intentar nada en este sentido, y ser humil-

demente fieles a esa luz interior que nos permite “ver” lo que otros no ven, y tener confianza en Dios que toma Él mismo nuestra defensa: « *Tu Padre que ve en lo escondido te recompensará* » (Mt 6, 6).

La castidad consagrada no es una conquista humana. Es un « *don que transforma y penetra profundamente en la esencia humana gracias a una misteriosa semejanza con Cristo* » (ET 13). La llamada al celibato consagrado puede ser mal comprendida incluso por aquellos que la reciben. El Señor nos interpela: « *¿Si tú conocieras el don de Dios* » (Jn 4, 10), el don que has recibido! Para entenderlo, la inteligencia y el corazón deben estar iluminados por la fe. La cuestión no consiste en compararse con los demás, sino en conocer el propio don recibido y ser fiel a él. Si supiéramos lo que Dios espera de nosotros, quizás quedaríamos avergonzados por ser tan tibios y tener tan poco entusiasmo de entregar nuestra vida.

## **2. Dejarse seducir por Cristo.**

« *La persona que se deja seducir por Él (por Cristo), tiene que abandonar todo y seguirlo. Como Pablo, considera que todo lo demás es “pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús,” ante el cual no duda en tener todas las cosas “por basura, para ganar a Cristo” (Flp 3, 8). Su aspiración es identificarse con Él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida* » (VC 18).

La llamada recibida espera una respuesta que no puede ser más que un compromiso total con Aquél que suscita el deseo. Y es fuente de una dicha que nadie puede igualar. ¿Qué es lo que

empujaba a San Damián de Veuster<sup>4</sup> a vivir entre los leprosos, aislado en su isla de Molokai? « *Sin la presencia de nuestro divino Maestro en mi capillita, nunca hubiera podido tener la suerte de estar con los leprosos de Molokai* ». Contemplando a Cristo, recibiendo su amor, es como adquirió la capacidad de amar a aquellos que nadie amaba en aquel « *infierno de Molokai* » donde la miseria y la enfermedad creaban un mundo minado por el egoísmo, la desesperación y la inmoralidad.

Quien se deja seducir por Cristo, aprende de Él que el verdadero amor no deja lugar al egoísmo, a mirarse a sí mismo, a la búsqueda del placer personal. « *La profesión religiosa es la decisión de un hombre a quien la persona de Jesús ha seducido...* », precisa la Regla de Vida (D 23) que continúa : « *En adelante, el Hermano pertenece a Dios con un título nuevo, signo viviente de la relación de amor que el Señor establece con los hombres regenerados : “Me desposaré contigo para siempre a precio de fidelidad” (Os 2, 21-22)* » (D 24).

El amor a Dios y el amor a una criatura no se excluyen, entendiéndose bien. Sin embargo, el Hermano renuncia al camino normal de los humanos, para unirse más y más íntimamente con Dios. Es, como decíamos, una elección esponsal. Es una opción radical de un camino que no tiene retorno, en un “estado de vida” normalmente ajeno a cualquier otro lazo.

Hemos querido seguir a Jesús entregándonos a Él. Así pues, ya no tenemos la seguridad del dinero. Tenemos la que sólo Dios nos puede dar, aunque nos falten los bienes materiales. Como al joven rico, nos dice: « *Vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres...* » (Mc 10, 21). Porque a quienes lo hayan dejado todo por Él, por amor, les dará el céntuplo, « *ahora, en este tiempo ,...*

---

<sup>4</sup> San Damián de Veuster, miembro de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, (Padres de Picpus) ha sido canonizado el 11 de octubre de 2009.

*con persecuciones, y en el mundo futuro, la vida eterna* » (Mc 10, 30).

El tema de la sponsalidad en la vida consagrada ha estado muy marcado en la Iglesia, desde sus comienzos, para evocar los lazos de intimidad que unen al religioso con Dios. « *La virgen es la esposa de Dios* » decía San Ambrosio. Esta esposa, entiéndase bien, se da en el seno de la Iglesia, Esposa del Padre. Debemos utilizar este lenguaje de los esponsales con prudencia, pero sin minimizar la unión existencial que establece Dios con su criatura, en la opción de una vida consagrada. El Hermano no se vincula con un cónyuge. Halla su felicidad en una vida totalmente entregada al Señor, como un sacrificio de olor agradable. Es así como « *el corazón del esposo y toda su vida están llenos de la presencia del otro* »<sup>5</sup>. Si tenemos poca fe y sentimos débilmente la mirada del Esposo, corremos el riesgo de que, en un momento de prueba, podamos desear la mirada de otra persona. Tejer este lazo de amor con Dios, es asegurar que somos más fuertes en la adversidad.

Reconozcámoslo, hay religiosos que no saben amar, que son miedosos, inseguros, amargados a veces, es un triste espectáculo. Hacer la opción del voto de castidad, en efecto, antes de ser la elección de un servicio o una misión, debería ser la de una persona viva y amada. Podemos pensar quizás que la misión educativa puede suscitar en un joven el deseo de ser Hermano. Este camino ha sido el de muchos, sin duda. Sin embargo, hoy día no se puede fundamentar una vida consagrada sólo en la misión. « *No se opta por Cristo para anunciar el Evangelio, sino que se anuncia el Evangelio porque uno ha elegido a Cristo y vive con Él. Pasa lo mismo en las relaciones humanas: uno no se casa con una persona para compartir la misión, sino que se comparte la misión porque se ha casado con esa persona* »<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Ibid. p. 151

<sup>6</sup> Ibid p. 151

“Encaminados con todo nuestro ser” a Cristo que nos ha seducido, nos presentamos ante Dios con todas las potencialidades de nuestro ser. Allí encontraremos nuestra verdadera alegría.

### 3. Ser una profecía para el mundo.

Los consagrados « *evocan ante los fieles cristianos aquel admirable matrimonio establecido por Dios, y que se ha de manifestar plenamente en la otra vida, por el cual la Iglesia tiene como único Esposo a Cristo* » (PC 12). El amor trasciende la carne. La vida que nos espera es diferente. Este mundo pasa. Nosotros somos pobres y humildes testigos de este Reino de Amor que llega. Creemos y esperamos en su victoria definitiva.

Nuestro cuerpo que hemos reservado para Cristo e “inmolado” por amor a Él es un signo elocuente para el mundo. Nuestra vida llega a ser el signo de la Pascua de Cristo, de su muerte y su resurrección. Se manifiesta en nuestro cuerpo ofrecido en el estrecho vínculo que podemos tener a través de la Eucaristía. Somos el cuerpo entregado y la sangre derramada por la salvación del mundo, en Jesús. Somos signos de salvación. El mundo, a través de nuestra vida, recibe la revelación de Aquél que anunciamos. « *Para algunos, ha abierto el camino del celibato por el Reino de los Cielos, que manifiesta de manera más clara y completa la realidad profundamente renovadora de esta alianza inaugurada por su Encarnación* » dice la Regla de Vida (D 35).

Hace poco tiempo, en el entierro de un Hermano, yo me preguntaba qué sentían las personas allí presentes. Es un hombre que no deja hijos. No ha dado la vida a hijos o hijas que, en cierto modo, perpetuarían su memoria. Sin embargo, hay mucha gente en su entierro y muchos son jóvenes; cuando este Hermano desgraciadamente nos dejó, estaba aún muy comprometido en la pastoral de un colegio. En realidad, perciben que ha tenido una vida fecunda,

pero una fecundidad que procede de un don radical y de una caridad sin límites. Nuestra vida es profética. Lo que cuenta, no es todo lo que hacemos, es nuestra vida misma. ¿Cómo alguien que se ha entregado a Dios puede vivir con tal dinamismo, con tanta alegría y con tanta irradiación?

¿No es lo mismo que había percibido Gandhi cuando contaba su asombro ante el testimonio del Padre Damián de Molokai? : *« Si la asistencia a los leprosos es llevada a cabo por los misioneros católicos, es porque exige más que ninguna un gran espíritu de sacrificio. Esto exige el ideal más elevado, la abnegación más perfecta. El mundo político y periodístico no conoce héroes que se puedan comparar al Padre Damián de Molokai. La Iglesia católica cuenta entre los suyos con millares de hombres que, a ejemplo de él, han sacrificado su vida al servicio de los leprosos. Merecería la pena buscar en qué fuente se alimenta un heroísmo tal. »* ¿Podríamos explicarle dónde está el secreto?

¿Por qué el Padre de la Mennais quería Hermanos? Sabía que su estado de vida en sí mismo, vivido como una respuesta a una llamada particular, era palabra viva de Cristo. Incluso antes de hablar de su vida consagrada totalmente centrada en el Señor, y a pesar de sus límites y pecados, tenía siempre una palabra elocuente. *« El significado esponsal de la vida consagrada... que hace referencia a la exigencia de la Iglesia de vivir en la entrega plena y exclusiva a su Esposo, del cual recibe todo bien. »* (VC 34)

Los laicos vienen hoy día a nosotros con el mismo sentimiento. Los jóvenes tienen necesidad de nosotros, aunque puede ser que no encuentren las palabras apropiadas para decirlo. Esperan de nosotros más de lo que nosotros pensamos, porque somos « consagrados ». Puede ser que amen mejor que nosotros. ¡No somos quienes para contabilizar los « méritos » de unos y otros! Pero por vocación, los Hermanos anuncian el Reino. Deben ser fieles a esta llamada a través de una existencia recta, viviendo lo que anuncian. ¿Hemos medido esta responsabilidad?

#### 4. Ser portador de vida, en Cristo.

Es difícil dar testimonio de Cristo en una sociedad que vive sin Él, como si hubiera perdido el rastro. Sin embargo, nada es imposible para Dios. Se podrían escribir páginas y páginas de testimonios que hablan de la fecundidad de vidas entregadas generosamente en la consagración religiosa, insertas en esta sociedad que vive sin Dios.

El amor del hombre y de la mujer vivido en el sacramento del matrimonio es signo del amor de Cristo por la Iglesia. La fecundidad carnal de su unión significa otra fecundidad en el Espíritu. Por eso es por lo que los cristianos que se casan se preocupan de la educación cristiana de sus hijos. Son los primeros responsables de ella. No solamente les dan la vida, sino también, en esta célula de la Iglesia que es la familia, son los que abren el corazón y el alma de sus hijos a la Palabra salvadora y liberadora de Cristo.

El que hace el voto de castidad consagrada, lleva en sí mismo la fuente de la fecundidad espiritual. Esto es lo que queda de él después de su muerte. Se apoya sólo en la fuerza inagotable y asombrosamente fecunda del amor de Dios. Cuanto más se deje seducir por el Señor, más frutos de salvación producirá.

Jesús quería darlo a entender a los que le escuchaban cuando le dijeron que su madre y sus hermanos estaban fuera y querían verle. En su respuesta, pone el acento en la única fecundidad que se nos pedirá al final, la que se funda en la escucha de su Palabra: « *Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica.* » (Lc 8, 21). Y también a la mujer que de en medio de la multitud le dice: « *¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!* », respondió sin ambigüedad: « *¡Dichosos, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!* » (Lc 11, 28).

Con ello, reveló indirectamente la verdadera belleza de María. Es también el mismo evangelista, San Lucas, quien expresa por medio del ángel en la Anunciación: « El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por tanto, el Santo que va a nacer de ti se llamará Hijo de Dios ». « *La vida consagrada ha sido vista siempre prevalentemente en María, la Virgen esposa. De ese amor virginal procede una fecundidad particular, que contribuye al nacimiento y crecimiento de la vida divina en los corazones* » (VC 34). Santa Teresa del Niño Jesús nos deja una magnífica ilustración, cuando escribe: « *Ser tu esposa, oh Jesús, [... ser, por mi unión contigo, la madre de las almas.* " (Manuscritos autobiográficos, B, 2v<sup>o</sup>). Es el gran signo de una vida consagrada, cuya acogida del Espíritu sin reservas, fecunda el corazón e ilumina el mundo.

La alegría del Hermano es la de saber que, gracias al don total de su vida, muchos niños y jóvenes se abrirán a la acción transformante del Espíritu. Éste era el deseo del Padre de la Mennais : « *Amadlos mucho en Nuestro Señor y no descuidéis nada por inspirarles su amor ; Oh, cuánto debéis quererlos ! ; Qué felicidad para vosotros que estáis llamados a ser su padre y su apóstol ! Esforzaos por haceros cada vez más dignos de una misión tan hermosa y tan santa.* »<sup>7</sup>

La única fecundidad que el Hermano espera en su vida, la que le satisface plenamente, es poder formar jóvenes y entusiastas discípulos del Señor. Entrega su vida para que los jóvenes lleguen a ser hombres y mujeres que se mantengan firmes, capaces de hacer de su vida una obra ejemplar para ellos mismos y para los demás. ¿No estamos orgullosos de encontrarnos con antiguos alumnos que han sabido hacer de su vida un regalo para los demás? Recientemente un Hermano mostraba con gran satisfacción las oraciones escritas por sus alumnos, como si fueran perlas sali-

---

<sup>7</sup> Al Hermano Émeric Autin, el 21 de septiembre de 1844.

das del corazón de estos niños. Nada es más valioso, decía él, que un niño que se abre al Espíritu.

## 5. Morir a sí mismo para vivir en verdad.

No debemos ocultar que en esta opción de vida existe una renuncia que tiene relación con las aspiraciones más profundas de la persona humana. Es necesario incluso, durante la formación y en cada una de las etapas de la vida, ser muy consciente de esta muerte a sí mismo que exige esta vocación. « *El Hermano acepta la soledad inherente a su estado como la cruz que Jesús le invita a llevar en su seguimiento* » (D 37). Esta privación es, a veces, pesada de llevar. Este sentimiento de soledad puede debilitar profundamente a la persona en ciertos momentos de la vida. Le faltan a su lado la presencia física y la ternura conyugal en las que podría descansar. El deseo de paternidad, de tener una familia y una casa propias, a veces pueden ser apremiantes. Y Dios mismo, en ciertas etapas de la vida, parece estar ausente.

Pero esta soledad, vivida como respuesta a una llamada personal y poderosa de Cristo, no es, sin embargo, un vacío ; en ella crece realmente el espacio de Dios. « *Cristo dijo de sí mismo : " si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante "(Juan 12, 24), y el Apóstol Pablo no dudaba en exponerse a la muerte cada día para que sus fieles fueran dignos en Cristo Jesús (1 Cor. 15, 31). Así, el sacerdote, muriendo cada día totalmente a sí mismo, renunciando al amor legítimo de una familia propia por amor de Cristo y de su reino, hallará la gloria de una vida en Cristo plenísima y fecunda, porque como Él y en Él ama y se da a todos los hijos de Dios* » (SC 30). Lo que dice aquí Pablo VI del sacerdote se aplica también al Hermano en su celibato consagrado.

Quisiera volver una vez más a nuestro nuevo santo, Damián de Veuster. Tan pronto como se ordenó (el 21 de mayo de 1864), le vemos « lanzado a las playas lejanas de Oceanía en búsqueda de las ovejas descarriadas... ». Durante nueve años, va a recorrer a pie o a caballo las tierras volcánicas de la gran isla de Hawai, bautizando, catequizando, edificando iglesias y escuelas. Muy pronto encuentra los gestos y las palabras apropiadas para ponerse en contacto con los autóctonos: « *Quiero mucho, escribe él, a mis pobres isleños, con mucho gusto daré mi vida por ellos como lo hizo nuestro divino Salvador. Y no escatimo nada cuando se trata de ir a visitar enfermos que están a 7 u 8 leguas de camino. Aquí tengo muchos dolores y miserias, pero me siento muy feliz.* » Pero cuando se declara la enfermedad, le cuesta aceptarla. En 1885 aparecen los primeros síntomas de la lepra en su cuerpo. Un mes tras otro, el pesado manto de la lepra le cubre como hace poco el paño fúnebre de su profesión. « *Es bueno recordarlo, escribe a su obispo, que me cubrió el paño mortuario, el día de mis votos; he desafiado el peligro de contraer esta terrible enfermedad cumpliendo aquí con mi deber y procurando morir cada vez más a mí mismo.* »

Llegar a ser « eunuco » por el Reino, significa hacerse extremadamente pobre, pero también infinitamente rico de amor. El sacrificio de Damián y el de tantos otros, dan testimonio de ello. El voto de castidad consagrada abre al don total de sí mismo en el seguimiento de Cristo en la cruz. El corazón que se ha entregado así, permanece insatisfecho hasta que haga el sacrificio total de su vida. Desea profundamente ser ese grano de trigo que muere, pero que muere por amor. Sabe que es fecundo a la manera de Cristo crucificado. El verdadero amor nos abre a la donación de nosotros mismos hasta la muerte. Si amamos poco, damos poco. El que ama mucho, da mucho.

Atacado por la lepra, Damián de Veuster, no tiene ya miedo a la enfermedad ni a la muerte. Tras un momento de duda e incomprensión, se ha liberado de ese miedo. Ha fundamentado su vida en

un potente acto inicial, al ser cubierto por el paño mortuario el día de su profesión. Este gesto le ha marcado para toda su vida. La aceptación de la muerte por un acto de amor, libera del miedo. Para ganar la vida, hay que tomar la decisión de perderla. La muerte ya no tiene poder cuando la hemos aceptado. Y porque somos libres, llegamos a ser capaces de ayudar y sostener a los que tienen miedo y están desesperados.

*PARA IR MÁS LEJOS*

Aún hoy día, Dios no habla a los hombres más que en parábolas. Pero no obstante, si Dios es la única felicidad de los hombres, ¿por qué no les habla con claridad?

Aquí nos encontramos con una de las leyes más misteriosas del encuentro de Dios con el hombre. El carácter velado de la Palabra de Dios que nos escandaliza es de hecho una necesidad de su amor, la propia exigencia del diálogo de amistad que quiere entablar con cada uno de nosotros.

Si la palabra de Dios no estuviera velada, no sería ya la palabra de Dios: sería una verdad entre tantas, una verdad que se podría manejar al antojo, sin cambiar de vida, sin convertirse. Si la palabra de Dios se impusiera con evidencia, no respetaría nuestra libertad y no suscitaría una respuesta de amor. Ahora bien, la palabra de Dios es inseparablemente una revelación, y el don de una persona no se puede realizar más que en un clima de amor.

Dios es todopoderoso, pero se oculta porque pone su gozo en ser amado libremente por su criatura: desea ser el predilecto.

Claude Geffré, o.p., *Un espace pour Dieu*, Cerf, pp. 32-33

*Tú has respondido a una llamada a la vida consagrada. Esto fue y sigue siendo una respuesta de amor.*

*¿Puedes expresar hoy de nuevo el regalo de tu vida entregada a Dios por amor, a través de una oración o de cualquier otra manera?*



# 3

## VIVIR A DIARIO LA CASTIDAD CONSAGRADA

### 1. Decidir firmemente.

*«...La castidad no se adquiere de una vez para siempre, sino que es el resultado de una laboriosa conquista y de una afirmación cotidiana. El mundo de nuestro tiempo da gran realce al valor positivo del amor en la relación entre los sexos, pero ha multiplicado también las dificultades y los riesgos en este campo. Es necesario, por tanto, que el sacerdote, para salvaguardar con todo cuidado el bien de su castidad y para afirmar el sublime significado de la misma, considere con lucidez y serenidad su condición de hombre expuesto al combate espiritual contra las seducciones de la carne en sí mismo y en el mundo, con el propósito incesantemente renovado de perfeccionar cada vez más y cada vez mejor su irrevocable oblación, que le compromete a una plena, leal y verdadera fidelidad.» (SC 73). La mirada lúcida que mues-*

tra aquí Pablo VI nos invita a ponerla sobre nuestra vida, y a esta luz examinar nuestras convicciones personales.

« *La fidelidad libre y generosa a este “don precioso de Dios” exige una lucha siempre difícil y a veces dolorosa* » (D 37). Para llevar a cabo esta lucha, la primera condición es creer que la virginidad consagrada es un “*don eminente de la gracia de Dios*” (PC 12a), un don que el Padre “*da solamente a algunos*” (LG 42c). « *La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la aspiración de toda la Iglesia-Esposa hacia la unión con el único Esposo* », se lee en la Exhortación apostólica Vita Consecrata (VC 3).

La Vida consagrada es un don del Espíritu que nos hace vivir el amor con más plenitud, un don que trasciende, como hemos dicho, las posibilidades normales de la naturaleza humana. Este don es recibido con una fe iluminada por una auténtica experiencia espiritual. Es vivido en la radicalidad y en la confianza. Se comprende a la luz de la Palabra de Dios y del ejemplo de Cristo.

Nuestra opción de vida, para que sea sólida, debe apoyarse en una fuerte experiencia de la presencia de Dios y de su amor. Echa sus raíces en una decisión personal, tomada después de un discernimiento y un acompañamiento serios. Esta experiencia ha podido ser el mismo momento en que tuvimos la experiencia de la llamada. Pero nos puede haber venido más tarde. Poco importa. Poco a poco, sentimos que el Señor nos modela y nos hace comulgar con sus sentimientos. Nuestra vida toma entonces un significado y un peso que se descubre cada vez más en la fe. La propia fe se hace más profunda. Ya no es bamboleada de izquierda a derecha.

En el caso contrario, nuestra casa la hemos construido sobre arena. Cuando la tempestad sea muy fuerte, estará en peligro de desmoronamiento. Por la calidad y la fuerza de nuestra elec-

ción, orientamos, en cierta manera, toda nuestra vida. Hoy día, en todos los continentes, no es posible mantener este compromiso sin comprender antes su profundo sentido, sin haber medido si tenemos la firme decisión de jugar nos toda nuestra vida en esta elección y ponernos en camino con gran generosidad.

El Espíritu Santo viene a nosotros para iluminar nuestra inteligencia. Sin este don, ningún argumento intelectual sería suficiente para justificar ante nosotros mismos un compromiso que es para toda la vida y que tanta gente no comprende, incluso a veces nuestra propia familia. En este aspecto, la labor de los formadores es importante. Deben asegurarse de que el joven candidato ha tenido una experiencia suficientemente sólida y que posee una convicción personal bien fundada de su decisión. Cumplen con esta misión no sólo a través de su enseñanza, sino sobre todo por el acompañamiento individual. Nada sólido se puede construir en la formación sin este diálogo personal y profundo con cada uno de los candidatos. Los formadores, por tanto, deben ser ayudados por todos los Hermanos y en primer lugar por sus superiores. Su misión es una de las más importantes y la más hermosa que existe, pero exige de ellos mismos el cuidado de formarse siempre.

Una gran experiencia en la formación no da, sin embargo, un seguro de fidelidad. Permite construir la vida sobre unos cimientos sólidos. Pone en marcha al candidato, invitándole siempre a buscar la perla preciosa que lleva dentro. Aquí queda comprometida la libertad de cada uno. La experiencia vivida en el noviciado puede perder su intensidad hasta el punto de no ser ya bastante vigorosa como para imprimir una clara orientación de vida, si no renovamos cada día nuestra decisión. El don que hemos recibido, crea en nosotros ese espacio interior que nos hace capaces de aprovechar mejor y siempre esa riqueza. A nosotros nos corresponde disponer nuestra voluntad para dejarnos modelar cada día por él. De esta manera, poco a poco podremos asemejarnos a Cris-

to que vive entre los niños, entre los más abandonados, para bendecirlos y darles su vida.

Con una voluntad enfermiza o débil podemos llegar a ceder a las seducciones engañosas que debilitan nuestra relación con Dios. Nuestras infidelidades ocultas empañan nuestro amor y oscurecen el sentido de nuestra vida consagrada. El religioso “casto a medias” es un ser anormal y desgraciado. Se ha privado de las auténticas riquezas humanas y no se beneficia de las riquezas espirituales incomparables que van unidas al don total de sí mismo en la consagración de todo su ser a Dios y a los hombres. Una situación así, es insostenible. Unas veces estará avocado a abandonar la lucha, otras llevará una vida sin paz y sin verdadera alegría. Esto es válido también para un joven que se casa, pero que, con el tiempo, se deja arrastrar por efímeras aventuras. La pasión por su esposa se ha extinguido en su corazón. ¿No era, sin embargo, fuerte y verdadera? ¡También el compromiso de vida dentro del matrimonio no se sostiene más que basándose en una firme decisión y no en un impulso momentáneo!

El Concilio dice al religioso que debe consagrarse plenamente a la virginidad consagrada « *con decisión y con toda su alma* » (PO 16d). Gracias a esta elección voluntaria evitará el tener que justificar compromisos más o menos confesables por los que pone en peligro la propia estima de su vocación.

## **2. Amar a la manera de Cristo.**

Poco tiempo antes del sacrificio de su vida, en la escena del lavatorio de los pies, Jesús nos revela « *el sentido de la vida cristiana y, con más razón, de la vida consagrada* ». Ésta viene caracterizada, en efecto, por « *el servicio, especialmente a los más pobres y necesitados* » (VC75). Contempla a Cristo y le imita en el servicio humilde a todos los hombres.

Al hacer voto de castidad consagrada, el Hermano recibe por « *la efusión del Espíritu, el ágape divino, su modo de amar* » (VC75). Abriendo su corazón al Espíritu, ha tomado un sendero que le empuja a salir siempre a los caminos de la misión. Como a Pedro que quería quedarse en el monte Tabor el día de la Transfiguración, el Señor le dice: « *¡Desciende, Pedro! Tú que deseabas descansar en el monte, descende y predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye y exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, padece algunos tormentos a fin de llegar, por el brillo y hermosura de las obras hechas en caridad, a poseer eso que simbolizan los blancos vestidos del Señor* »<sup>8</sup>.

El Hermano, llamado por el Señor a asemejarse a Él, recibe la fuerza y el fuego del Espíritu que le empuja a amar a todos sus hermanos, sin hacer ninguna excepción. Debemos reconocer la hermosura del rostro del Señor que se refleja en los más lastimados por la vida,... « *los rostros atormentados de los jóvenes, ...* »(VC 75). Estamos llamados a escucharle y a socorrer a esos jóvenes y a todos aquellos con los que se identifica. Para examinar con qué intensidad vivimos nuestra vocación, tenemos que mirar lo que damos a los que tienen más necesidad de apoyo fraterno. Este amor surgía como un dardo de fuego del corazón de Juan María de la Mennais cuando decía: « *Queridos niños a quienes Jesús, nuestro Salvador, ha querido tanto, se ha dignado abrazar y bendecir, venid con nosotros, quedaos con nosotros; seremos los ángeles guardianes de vuestra inocencia* »<sup>9</sup>.

El Hermano que no está poseído por la ternura infinita de nuestro Padre celestial hacia sus alumnos, no ha entendido aún el sentido profundo de su vida consagrada. Todavía debe dejarse educar y transformar por el Espíritu. Quizás se ha dejado seducir por ídolos que le han alejado poco a poco. Sin darse cuenta de

---

<sup>8</sup> San Agustín, Sermón 78, 6 : PL 38, 492. Citado en VC75.

<sup>9</sup> Juan-María de la Mennais, citado en Espiritualidad Menesiana, p.68 .

ello, se ha replegado en la búsqueda de sí mismo. ¿Quién podrá despertarle y hacerle que tome conciencia de su ceguera? ¿Quién le dirá que « *la vida consagrada es una prueba elocuente de que, cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás, llegando hasta las avanzadillas de la misión y aceptando los mayores riesgos* »? (VC76) Aquél que está siempre dispuesto a ir allá donde le envíen, sin importarle lo que deja, y ofreciendo con ello toda su existencia, descubre que su voto de castidad le abre el corazón y le proporciona una inmensa felicidad. Así es como dejándolo todo, ha recibido todo.

### 3. Ser adulto en la fe.

« *Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por los hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva* » (VC88). Por eso, el Concilio Vaticano II ya llamaba a no contentarse con prevenir a los candidatos a la vida consagrada « *de los peligros que amenazan esta virtud* », sino también formarles « *de manera que asuman el celibato consagrado a Dios integrándolo en el desarrollo de su personalidad* » (PC12c).

La mejor garantía que podemos aportar a nuestra fidelidad al voto de castidad, no consiste en quitar todos los obstáculos exteriores – lo cual es sencillamente imposible y poco deseable – sino, ante todo, fortalecer la solidez interior humana y cristiana de la persona. Debemos, pues, procurar adquirir, en el camino de nuestra vida, una real madurez afectiva, psicológica y espiritual.

San Pablo pone frente a frente el comportamiento cristiano “infantil” o “carnal”, con un comportamiento “adulto” o “perfecto”. El “adulto” es el cristiano que lo que ha recibido como semilla en el bautismo, lo lleva a la madurez.

Somos aún espiritualmente niños si no vivimos nuestra fe con coherencia. Podemos echar buenos discursos, tener ideas luminosas, pero nuestra vida concreta puede no corresponder a las bonitas declaraciones. Nuestra fe puede ser una hermosa construcción intelectual, pero no cambia en nada nuestra vida. « *Mientras haya entre vosotros rivalidad y discordia, ¿no es que os guían los bajos instintos y que procedéis como gente cualquiera?* » (1 Co 3, 3). Para Pablo, los hombres carnales son aquellos que se divierten entre rivalidades y discordias. Se dejan llevar por la “carne” y no por “el Espíritu”.

San Pablo sugiere que el niño espiritual es incapaz de comprender la sabiduría de Dios donde los secretos no son revelados “ni por la carne ni por la sangre”, sino por el mismo Dios. Sólo la humildad permite adquirir esta sabiduría. La humildad bien entendida es signo de madurez espiritual. Se nota a través de la sencillez de vida, de la escucha y el respeto, la compasión, la acogida gozosa de las cualidades y éxitos de los demás. Éstos son los signos de una persona orientada hacia los demás, una persona para los demás. Cristo era “el hombre para los demás”, decía Dietrich Bonhoeffer cuando estaba prisionero en el campo de concentración de Buchenwald. Era su definición preferida sobre Cristo. Así, la vida cristiana llega a su madurez, totalmente imagen de Jesús, cuando se convierte en una “existencia-para-los-demás”.

La madurez espiritual, para San Pablo, consiste en fundar la vida sobre una « *firme convicción* » (Rm 14, 5) que permite poner la fe en Dios sin dejarse llevar como « *niños zarandeados y a la deriva por cualquier ventolera de doctrina* » (Ef 4, 14). El cristiano adulto puede comprender mejor desde su interior sus relaciones personales con Dios y su voluntad. El consagrado adulto aprovecha mejor la belleza de su vida en el corazón de Dios sin volver a cuestionarse su identidad profunda. No vive en función del deseo del otro, sino en función de su proyecto de vida fundamental de ser para Dios solo. Este camino de madurez es camino de liberación.

La madurez espiritual se mide también por la capacidad de discernimiento del bien y del mal. Un camino de fidelidad a la oración y a la caridad diaria fijan poco a poco la mente y el corazón en una actitud que permite entender apaciblemente lo que es bueno y lo que le agrada a Dios. No se trata, pues, de obedecer a un código de leyes, sino de ser dócil al soplo del Espíritu. Esta flexibilidad interior predispone y abre a la acción de Dios, y produce abundantes frutos del Espíritu. El Padre de la Mennais nos lo sugiere: « *Mantenerse siempre en una entera dependencia del espíritu de Dios y no contristarle nunca : Estar atentos para conocer lo que pide de nosotros ; consultarle a menudo y, cuando no estemos seguros del partido que debemos tomar, rogarle con ardor nuevo que ilumine nuestro corazón* » (Memorial 15).

« *El hombre no madura si no es capaz de renunciar a sí mismo para abrirse a los demás, si no deja de considerarse siempre como un niño, que se hace el centro del mundo, si no se detiene a considerar y admitir cómo es él realmente, con sus cualidades y defectos, ni mejor ni peor que los demás* ». <sup>10</sup>

¿Cómo adquirir, pues, esta madurez de la que acabamos de señalar algunas de sus características? Encontraremos la respuesta escuchando los numerosos consejos de nuestros fundadores, así como los de nuestra Regla de Vida. Y fundamentalmente, leeremos y meditaremos el Evangelio porque en él queda reflejada para nuestra vida la madurez propia de Cristo, el Hombre perfecto.

San Pablo, una vez más, nos muestra la dirección que debemos seguir: « *Todo lo que sea verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo de buena fama, cualquier virtud o mérito que haya, eso tenedlo por vuestro* » (Flp 4, 8). Ya no se suele hablar de las virtudes. Sin embargo, es la misma Palabra de Dios quien las elogia: « *¿Alguien ama la*

---

<sup>10</sup> Arnaldo Pigna, p. 169

*rectitud? Las virtudes son fruto de sus afanes, es maestra de templanza y prudencia, de justicia y fortaleza » (Sab 8, 7).*

- La “prudencia” *« no se confunde ni con la timidez o el miedo, ni con la doblez o el disimulo »* (CIC p. 382). Ella nos guía con norma y medida en la conducta de nuestra vida diaria. *« El hombre sagaz sigue sus pasos »*.
- El hombre “justo” es el hombre que se conduce con rectitud, y no actúa según sople el viento, sino en función de lo que cree justo.
- La “fortaleza” da la firmeza en la adversidad o frente a la tentación. Llega a ser capaz de sacrificar su vida por defender una causa justa.
- La persona “moderada” *« no se deja arrastrar por las pasiones de su corazón »* (Si 5, 2). Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos.

Estas virtudes humanas, transformadas por la gracia y fundamentadas en la fe, esperanza y caridad, están sustentadas por los dones del Espíritu Santo. Viviendo así y dejándose conducir por el Espíritu de Cristo, es como nuestra vida casta encuentra sus cimientos y crea esa unidad interior que es el índice de la madurez.

#### **4. Amar a Dios por encima de todo : la oración.**

La castidad consagrada es, como dice San Pablo: *« adhesión al Señor ininterrumpida »* (1 Co 7, 35). Así que podemos asegurar que el carisma de la virginidad consagrada no se puede vivir más que con un corazón que ora. Es en la oración donde se verifica el intercambio amoroso entre Cristo y aquél que se ha unido a Él plena y definitivamente.

Para conocer la profundidad de nuestro compromiso, debemos evaluar nuestro verdadero diálogo con Dios y nuestra rela-

ción con Él. Una verdadera vida consagrada se alimenta por medio de los intercambios frecuentes, personales y auténticos con el Señor. « *El alma totalmente sumida en Dios debe estar como en un estado de oración permanente que no necesita tener una efervescencia espiritual de fórmulas. Es una atención por alcanzar la verdadera identidad con Cristo y con los demás, un impulso hacia una trascendencia de lo humano a lo divino, una tendencia a escuchar, antes que a nadie, a Dios* »<sup>11</sup>.

La relación interpersonal única entre el Hermano y Dios en el amor no puede crecer sin una cierta “familiaridad” que supone « *el trato frecuente, la asiduidad de los encuentros, la intimidad de los intercambios* »<sup>12</sup>. Las personas casadas que viven su amor con fidelidad y generosidad son, para nosotros, parábolas de esta intimidad que estamos llamados a vivir con Dios. Nos ayudan a desarrollar con Cristo estas relaciones que unen y crean un espíritu común, con los mismos sentimientos, una unión en el amor. Nos enseñan cómo se puede estar uno junto al otro sin decirse nada, pero procurando el bien del ser querido. El libro del Cantar de los Cantares nos trae un ejemplo precioso : « *Habla mi amado y me dice : “¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí... !, Mi amado es mío y yo soy suya.* » (Cant 2, 10 ; 16) Si no oramos con este espíritu, nuestro amor a Dios se enfriará. « *El célibe por vocación que rompe sus relaciones personales con Dios está al borde de la ruina de su celibato* » (OE 75). Pablo VI aseguraba que : « *La fidelidad a la oración o su abandono son el paradigma de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa* ». (ET42)

El carisma de la virginidad consagrada no puede vivirse más que con la ayuda de Dios y no con nuestras propias fuerzas. No puede llegar a ser un árbol hermoso con buenos frutos más que si el Señor es el principal jardinero. Este don no pueden recibirlo

---

<sup>11</sup> Arnaldo Pigna, *La espiritualidad de los votos*, p. 167

<sup>12</sup> Ibid

más que aquellos que lo hayan acogido, y aún más, que lo hayan pedido y querido. Nuestra Regla de Vida nos propone una sabia actitud cuando nos invita a pedir « *con humildad y perseverancia la gracia de la fidelidad* » (D41).

Cuidemos mucho la calidad de nuestra oración. El marco comunitario, la belleza del lugar, el cuidado de la preparación, todo esto es muy importante. En este tema debemos actuar lo mejor que podamos. Pero la decisión de prepararse, el cuidado que ponemos al iniciar la oración, suponen una decisión personal indispensable para una verdadera oración. En una vida “absorbida” por numerosas actividades, el compromiso personal de la oración de cada uno de los Hermanos debe tener prioridad. Pasa lo mismo con el alimento espiritual que necesitan nuestra inteligencia, nuestra alma y nuestro corazón en medio de “la agitación de este mundo”. Debemos reservar momentos para Dios durante los cuales estaremos atentos para leer y formarnos a la luz de la Palabra de Dios y de los escritos de nuestros fundadores. La dimensión comunitaria de esta “formación” reviste una importancia primordial y es un gran apoyo para cada Hermano. Los superiores de comunidad deben prever con cuidado estos tiempos comunitarios de profundización.

## **5. Luchar con perseverancia.**

« *La fidelidad libre y generosa a este “don precioso de Dios” exige una lucha siempre difícil y a veces dolorosa* » (D37). El Catecismo de la Iglesia católica precisa que « *el combate espiritual de la vida nueva del cristiano es inseparable del combate de la oración* »(CIC 2725)

A menudo reaccionamos negativamente cuando oímos hablar de ascesis. Consideramos que la vida ordinaria está suficientemente recargada como para que no nos pongan otras restric-

ciones. Incluso, humanamente hablando, el hombre no puede madurar verdaderamente si no es capaz de imponerse algunas renunciaciones, que incluyen necesariamente una forma de ascesis. El Padre de la Mennais subrayaba la importancia de la mortificación de la obediencia, que es inherente a nuestra consagración. Invitaba también a los Hermanos a saber desprenderse de las pequeñas cosas de la vida para ser capaces de llevar a cabo los combates más difíciles : « *Sed fervorosos, siempre fieles a vuestra regla, y esforzaos por fortalecer vuestra vida interior* »<sup>13</sup> ; « *Para cumplir una misión tan hermosa, se necesitan hombres desprendidos de todo, dispuestos a todo, y que no vivan más que de la fe.* »<sup>14</sup> ; « *Sed puntuales en cada ejercicio y en el tiempo señalado : el disgusto que se siente a veces en estos casos es una de las mejores penitencias* »<sup>15</sup>.

Viviremos más gozosa y libremente el celibato consagrado si tenemos una justa estima de nosotros mismos. Es necesario, en efecto, conocer nuestras fuerzas, pero también nuestras fragilidades. Por tanto, estaremos convencidos de la importancia de las reglas de prudencia que debe tener un religioso. Se puede seguir siendo célibe, pero habiendo perdido el sentido del voto de castidad. Se puede ser Hermano sin vivir los tesoros de gracia inherentes a tal vocación. La prudencia y la ascesis son la expresión de la humildad que reconoce que el camino elegido está lleno de obstáculos. Son también la manifestación de una voluntad que ha decidido venderlo todo para encontrar la perla preciosa de su vida.

Debemos, pues, preguntarnos si sabemos cuáles son las luchas personales que nos esperan. « *Si afirmamos que estamos asociados a Él mientras nos movemos en las tinieblas, mentimos y, además, nuestra conducta no es sincera. En cambio, cuando nos movemos en la luz, imitándolo a Él, que está en la luz, somos soli-*

---

<sup>13</sup> Al Hermano Hervé, el 13 de abril de 1843

<sup>14</sup> Juan María de la Mennais, Antología de sus obras, p.221

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 222

*darios unos de otros y, además, la sangre de Jesús, su Hijo nos limpia de todo pecado»* (1 Jn 1, 6-7) nos recuerda San Juan. Más adelante, nos alerta sobre los tres peligros más importantes que debe evitar el cristiano: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la riqueza (cf 1 Jn 2, 16). «*La lámpara del cuerpo es el ojo, dice Jesús. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado. Pero, si tu ojo es malo, tu cuerpo estará todo él en tinieblas*» (Mt 6, 22-23). Nuestro corazón puede ser llevado de un lado a otro sin que sepamos cómo ponerlo en orden. Juan María de la Mennais nos previene: «*El alma que se ocupa constantemente de muchos asuntos exteriores, entregada a todos los caprichos de una curiosidad sin límites y de una vanidad sin medida, vive en cierta manera fuera de sí misma*»<sup>16</sup>.

Cada uno debe aprender a conocer sus puntos débiles y lo que debe cambiar en su vida: las costumbres de las que se ha hecho esclavo, los placeres de los que ya no se puede privar, el prestar atención a la “concupiscencia de los ojos” que, quizás, ha perdido, las relaciones mantenidas a escondidas. Con la ayuda de un acompañante, debe decidir en su corazón un cambio de comportamiento, cortar una relación y tomar una clara orientación de vida.

No debemos olvidar tampoco que, a pesar de nuestro pecado, somos responsables ante Dios de la educación de los jóvenes de nuestros colegios. Tenemos que ofrecerles la oportunidad de adquirir el dominio de sí mismos y la capacidad de discernimiento entre el bien y el mal en un mundo que no busca más que crear “consumistas”. «*Estáis llamados a hacer de estos niños discípulos de Jesucristo*»<sup>17</sup>. «*Dios te había encargado de instruirme... y me has dejado en la ignorancia...*»<sup>18</sup> ¿Podríamos decir que somos

---

<sup>16</sup> S 1, 680, citado por el Hermano Yvon Deniaud en *Prier 15 jours avec Jean-Marie de la Mennais*, Nouvelle Cité

<sup>17</sup> Juan María de la Mennais, citado en *Spiritualité Mennaisienne*, p.69

<sup>18</sup> *Ibid*, p. 69

fieles a nuestro voto si no tomamos las medidas oportunas en la misión educativa que se nos ha confiado y de la cual somos responsables ante Dios, frente a los jóvenes y niños que recibimos en nuestros colegios o centros educativos ? ¿Qué ejemplo les damos? Quien vea nuestra vida, ¿cuál es el mensaje del Señor que le transmitimos o en qué somos un obstáculo de su Palabra? Graves interrogantes que no debemos eludir.

Recordemos, finalmente, que necesitamos un gran equilibrio de vida. No debemos descuidar los medios útiles para nuestra salud física y moral que nos permitan adquirir un apacible dominio de nosotros mismos. Los Padres del desierto eran conscientes de ello, porque conocían muy bien el corazón del hombre. En su vida ascética, sabían que sus hermanos necesitaban un tiempo de descanso. Este relato nos lo expresa con humor: « *Había una vez en el desierto un cazador de animales salvajes que vio al abad Antonio tomándose un descanso con sus hermanos. El cazador se escandalizó. Queriendo convencerle que, de vez en cuando, debía condescender con sus hermanos, el anciano le dijo: « Coloca una flecha en tu arco y ténsalo. » Así lo hizo. El anciano continuó: « Ténsalo un poco más », y el cazador lo hizo. El anciano le insistió: « Continúa tensándolo. » El cazador respondió: « Si sigo tensando el arco, sin más, se va a romper. » El anciano le dijo entonces: « Pasa lo mismo con los asuntos del Señor; si tensamos a los hermanos sin medida, pronto se quebrarán. Es necesario, de vez en cuando, tener en cuenta sus necesidades. »*<sup>19</sup> Cuando el cuerpo y el espíritu están cansados, ¿podrán estar vigilantes? Con la ayuda de la comunidad, cada uno debe buscar « *las condiciones de vida que favorecen el equilibrio psíquico y nervioso* » (D37), y que ayudan a la vigilancia y a la paz del corazón. Un examen serio sobre este punto nos permitirá discernir aún mejor las opciones que debemos tomar. Hay esparcimientos que no tranquilizan, no alimentan ni el corazón ni el espíritu, no dan descanso al cuerpo.

---

<sup>19</sup> Jean-Claude Guy, *Paroles des anciens*, Sagesses p. 17

Las situaciones son diversas. Es difícil aquí entrar en todos los detalles que deben ser el objetivo de un discernimiento personal con la ayuda de un acompañante.

## 6. Amar a sus hermanos: la “virginidad” comunitaria.

Así como se habla de “santidad comunitaria” en el último documento de la Congregación para la Vida consagrada<sup>20</sup>, así mismo se puede hablar de “virginidad comunitaria” en el sentido de que el voto del celibato consagrado es para el mundo el signo escatológico de la manera como deben vivir entre ellos los hijos de la resurrección. Uno no se compromete con este voto sin obligarse a un amor auténtico hacia sus hermanos y para con todos. Uno de los criterios más importantes para ver cómo vivimos el voto de castidad es ver la manera como vivimos la comunidad fraterna.

La Regla de Vida nos dice que los Hermanos están llamados a « *vivir juntos el verdadero amor fraterno, mediante el don gozoso de sí mismos, la confianza mutua y una atención delicada a los demás* ». Y añade que una « *comunidad feliz y unida ofrece el testimonio irrecusable de unos hombres a quienes el voto de castidad no ha disminuido ni entristecido, por el contrario, ha contribuido a ensanchar y colmar plenamente su corazón* » (D 40). Sin desarrollar aquí lo que ya ha sido objeto de otra circular, recordemos que tenemos una gran responsabilidad como religiosos-hermanos en dar testimonio del amor fraterno.

¿Cómo se puede entender que unos hombres o mujeres que se han comprometido a vivir un celibato consagrado por amor a Cristo, no puedan vivir en una unión alimentada por la Palabra y la Eucaristía, en el gozo de una misma fe compartida, de un mismo

---

<sup>20</sup> *El servicio de la autoridad y la obediencia*, Instrucción de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, 2008.

don de sí mismos, de un mismo carisma que les anima? La castidad consagrada es una vocación al amor, una llamada a vivir la fraternidad. El Hermano no es el único que anuncia y anticipa esta nueva manera de amar a Cristo, también lo hace la comunidad.

Entiéndase bien que la vida comunitaria tiene también sus momentos difíciles y sus pruebas. Lejos de desanimarnos, las dificultades que encontremos, si sabemos acogerlas con desprendimiento, son la ocasión de probar nuestra capacidad de amar de verdad. La comunidad debe sostener a los Hermanos más probados o que atraviesan por un momento de cansancio. Nuestro amor, entonces, está llamado a ser más grande, más fuerte y más desinteresado. La vida comunitaria, es el fruto del compromiso de cada uno de sus miembros en un amor fraternal adulto que da gratuitamente todo lo que él es sin esperar obtener un provecho personal. « *La vida fraterna es un apoyo para mí, una llamada a ir siempre más lejos, más allá de las apariencias, exigiéndome siempre y reclamando mucha atención sobre mí mismo. Un aprendizaje de la relación con el otro y con uno mismo. He descubierto ahí lo que soy, porque una persona no se puede construir más que en el juego de las relaciones* », dice una joven religiosa.<sup>21</sup>

Nuestro voto de castidad nos une estrechamente a Cristo Jesús, como al Amigo, al Hermano, al Esposo. Nunca nos abandona, más bien busca purificar nuestro amor. Los momentos de aridez son momentos de gracia. En la comunidad, por más unida que esté, estamos llamados también a experimentar la soledad del corazón. Para construir así la comunidad, debemos haber hecho en algún momento ante Dios, la experiencia de la propia unicidad. Es el único camino para unirse a Cristo de verdad. Esta “soledad” « *debemos amarla porque es necesaria para la realización del amor consagrado a Dios* »<sup>22</sup>. Puede ser que le tengamos miedo,

---

<sup>21</sup> Testimonio recogido por Nicole Jeammet, en *Le Célibat pour Dieu, Une autre manière de créer des liens*. p. 233, Cerf. 2009

<sup>22</sup> Yves Raguin, *Célibat pour notre temps*, p. 55

porque solemos tener miedo al desierto y al silencio. Sin embargo, cuando vivimos en la aridez del desierto, Dios se hace presente allí y camina con nosotros. Más aún, nos lleva. No hay fecundidad sin esta soledad recibida como la gracia de una presencia privilegiada de Dios. Sólo ella es capaz de construir una comunidad fundamentada en el Amor que viene del Espíritu Santo.

## 7. Vivir las múltiples relaciones humanas.

Parece que al elegir el celibato consagrado hemos dejado atrás las relaciones normales de la vida. Pues justamente sucede lo contrario. Nuestra vida religiosa apostólica en la educación y en la enseñanza nos abre las puertas a muchos contactos y encuentros. El Padre de la Mennais que era muy consciente de ello, invitaba a sus Hermanos a la prudencia, pero consideraba también estas relaciones, estos “lazos esenciales”, dentro de la perspectiva de su compromiso en la escuela al servicio de los jóvenes. Hemos hecho voto de castidad para amar más y mejor. Debemos, pues, amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, comprobando, de paso, que: “*¡la mitad de nuestros prójimos son personas del sexo opuesto!*”<sup>23</sup>

La cuestión es saber lo que es “normal” para un consagrado en las relaciones que teje cada día con las personas que le rodean. ¿Se pueden cultivar, por ejemplo, relaciones un tanto íntimas con una persona hasta el punto de convertirse en una amistad preferente, pudiendo llegar hasta la unión de sus almas ?

A aquél que se sienta aludido porque se encuentra en esta situación, se le podría preguntar: ¿Qué buscas en esta amistad? ¿Un medio que te ayude a superar las pruebas y una necesidad de ser consolado, escuchado, comprendido, porque no encuentras todo esto en tu comunidad? ¿Te imaginas encontrar allí una amis-

---

<sup>23</sup> Arnaldo Pigna, La espiritualidad de los votos, p. 174

tad que, sin embargo, no suprima tu amor a Dios en el celibato consagrado y que te ayude a madurar ?

En realidad, es preferible analizar bien la situación antes de que se instale una relación así. Después, el corazón queda atrapado y la tentación de buscar justificaciones es más fuerte que la de hacer un verdadero discernimiento. Llevamos este don de la virginidad en una vasija de barro, por tanto debemos ser muy prudentes. Para nosotros, consagrados, nuestro amigo es Dios. A partir de Él, percibido como nuestro propio yo, es como podemos encontrarnos con los demás sin equívocos. Si no partimos de aquí, con toda verdad y sin caer en el romanticismo, todo lo que se pueda decir sobre la belleza de la relación hombre-mujer en el corazón de una vida consagrada, corre el riesgo de no ser más que una ilusión. *« Pienso que vivir la castidad no es sugerir o llevar a cabo una aventura imaginaria... He pensado incluso que si yo quisiera continuar con ciertas relaciones de amistad, tendría que poner las cosas en claro. Así, una mujer que hubiera podido tener una relación muy importante conmigo,... es alguien que me separaría de los demás,... pero esto no sería posible, por tanto, quedaría destruida nuestra amistad»*, cuenta un joven sacerdote.<sup>24</sup>

Por el contrario, una auténtica relación con las personas que nos rodean debe partir de nuestra relación con Dios. Debemos sentirnos muy unidos a Jesús sin caer, no obstante, en la ilusión. El corazón puede, a veces, estar tan emocionado que la razón se enloquece y ya no puede dirigirnos. *« Conocemos al Dios-Amor, el verdadero, el de la revelación, cuando tenemos la experiencia del amor crucificado, del amor que se entrega sin esperar nada a cambio, del amor que no busca ser comprendido, acogido, liberado de la soledad »*<sup>25</sup>. Nuestro celibato por el Señor exige la experiencia saludable de renunciar a las relaciones interpersonales que

---

<sup>24</sup> Testimonio recogido por Nicole Jeammet, Ibid p. 211

<sup>25</sup> Ibid, p. 175

pueden llegar a ser ambiguas. Debemos permitir que Dios sea en nosotros el huésped elegido. Es grande el riesgo de querer llenar esta soledad que, a veces, parece demasiado pesada. El lugar reservado a Dios puede ser ocupado entonces por otra presencia. El celibato consagrado es una opción que, más que cualquier otra quizás, nos permite unirnos a la soledad de Jesús en Getsemaní. « *Cuando hacemos que nuestro equilibrio emocional dependa de un encuentro, de una llamada telefónica, de una carta... el celibato no es ya el que debería ser “por el Reino”... ¡Sin renuncia, no hay pobreza efectiva y tampoco hay virginidad efectiva!* »<sup>26</sup>

Para abrirnos a la santidad – a la cual no cesaba de llamarnos Juan María de la Mennais – no debemos tener miedo de caminar en el seguimiento de Cristo hasta la cruz. Quien quiera experimentar el amor de Cristo, debe estar preparado para separarse absolutamente de todo. Debe considerar todo como “basura”, según las palabras de San Pablo, para ganar a Cristo. ¡ Si estamos realmente desprendidos de todo, podremos vivir auténticas amistades que no nos llevarán a correr el riesgo de “quitar” al Señor lo que le corresponde !

## **8. Aceptar los propios defectos.**

Al leer las páginas precedentes, algunos pueden pensar, quizás, que son palabras muy difíciles de vivir, que parecen casi “angélicas”, en el sentido de que no tienen en cuenta la realidad de la naturaleza humana y de la sociedad en la que vivimos.

Está claro, para justificar esta observación, que la amistad con Dios de la que hablamos, no puede ser comparada totalmente al amor que une al hombre y a la mujer. Somos hombres movidos siempre por el atractivo natural hacia la mujer con vistas a la unión plena en el matrimonio. Además, es por eso por lo que la soledad

---

<sup>26</sup> *Ibid.* p. 180

se dejará sentir con mayor o menor fuerza. Nuestro cuerpo y nuestro corazón pueden experimentar una cierta frustración, más fuerte en unos que en otros, en ciertos momentos de la vida y con más o menos intensidad.

Sin embargo, « *la abundancia espiritual que recibe el llamado, brilla en el cuerpo hasta el punto de crear siempre una sensación de menor de frustración y una experiencia creciente de plenitud en la totalidad de la persona. Los instintos naturales no mueren, pero comienzan a dejar su lugar a los nuevos impulsos que vienen del Espíritu Santo* » (SC 59). En nuestra vida de Hermano, debemos percibir a Dios como Alguien que puede llenar nuestro corazón. Porque nuestro corazón necesita un amor muy real. Todos nosotros tenemos necesidad de ser amados. Dios nos da este amor. Esto no concierne sólo a la voluntad, sino a todas las potencialidades de nuestro corazón humano. Somos seres de carne y hueso. Dios debe poner la mano, pues, realmente sobre nuestro cuerpo y nuestro corazón. Él nos “consuela”. Es el « *Padre cariñoso y Dios de todo consuelo. Él nos alienta en todas nuestras dificultades* » (2 Co 1, 3-4). ¿No es lo que hacía Jesús cuando curaba a los leprosos, hacía caminar a los paralíticos y daba la vista a los ciegos? Al mismo tiempo que tocaba profundamente el corazón despertando la fe en Él, recuperaba los cuerpos y daba un gozo tan grande por hacer el bien que ningún otro era capaz de dar. ¿No podrá hacerlo hoy día con los que Él ha llamado a pertenecerle de una manera más íntima y particular?

No es necesario, pues, formar parte de la categoría de los grandes místicos para poder vivir el celibato consagrado con mucho fruto. La transformación interior de la persona, la percepción del amor de Dios actuando y transformando las tendencias más íntimas, se realiza por la gracia de Dios y según el compromiso personal en el don de sí mismo. Está claro que una vida así no puede llevarse a cabo sin ascesis. Esta transformación, conducida por la gracia del Espíritu y vivida con un corazón que ama a Dios,

hace crecer todas las potencialidades de nuestra naturaleza humana.

Por eso, « *sucede muy a menudo que el instinto de la carne toma el mando..., incluso cuando la voluntad y la razón, es decir el verdadero amor, desean lo contrario* »<sup>27</sup>. Esta lucha, para poder superarla, debe ir precedida por una aceptación real de uno mismo. Muchos consagrados – ¿podemos decirlo también de los Hermanos? – viven su castidad entre dificultades más o menos pasajeras. Sufren interiormente por sus transgresiones pero quieren al mismo tiempo conseguir su meta. Sienten que están llamados a ponerse de nuevo en camino, a pesar de las caídas. Estos Hermanos saben bien que Dios está junto a ellos para sostenerles en su camino. De nuevo se ponen en marcha. ¿Debemos condenarles porque han caído? Debemos más bien ayudarles a reemprender el camino con confianza. Deben velar, sin embargo, para ser sinceros ante Dios y ante los hombres, abriendo su corazón a quien sepa ayudarles a levantarse. Dios nunca nos abandona. Nos invita a crecer a través de un compromiso real con una ascesis más radical y una relación cada vez más profunda e íntima con Él.

« *No os asustéis por las tentaciones que sintáis involuntariamente*, escribía Juan María de la Mennais al Hermano Ambrosio, *son pruebas que Dios os envía para probaros y humillaros, y os enseña cuánto necesitáis de su gracia para sosteneros y de la vigilancia para no caer. La oración y la vigilancia: estas son las dos armas con las cuales rechazaréis los ataques del enemigo de la salvación, de ese león rugiente, como le llama la Escritura, que merodea a nuestro alrededor para devorarnos* » (8 de noviembre de 1825).

---

<sup>27</sup> *Ibid*, p. 182

### *PARA IR MÁS LEJOS*

Camina de ahora en adelante sobre las huellas de Cristo. No te preocupes por el mañana. Busca primero el Reino y su Justicia. Abandónate, entrégate, y será derramada en tu seno una medida apretada, sacudida, desbordante, pues se usará contigo la medida con que tú hayas medido.

Duermas o veles, de noche y de día, la simiente germina y crece sin que sepas cómo.

Al orar no uses vanas repeticiones como hacen los paganos, que piensan ser escuchados hablando mucho. Guárdate de mostrar tu justicia ante los hombres para ser admirado. Que tu disciplina interior no te dé un aire triste, como un hipócrita que ostenta un rostro descompuesto para que los hombres lo vean. Unge tu cabeza, lava tu cara para que sólo tu Padre que está en el secreto conozca la intención de tu corazón.

Manténte en la sencillez y en la alegría, la alegría de los misericordiosos, la alegría del amor fraterno.

Sé vigilante...

Así, renunciando en lo sucesivo a mirar hacia atrás, y gozoso de un infinito agradecimiento, no tengas nunca temor de adelantar a la aurora para alabar, bendecir y cantar a Cristo, tu Señor.

*Liturgia de la profesión en Taizé (Francia).*

*Después de haber leído este texto, ¿podrías escribir lo que te gustaría decir a un Hermano joven que se compromete por primera vez en el Instituto?*

## CONCLUSIÓN

### MARÍA, VIRGEN Y MADRE

¿ Nos sienta bien este “traje” de luces de la castidad consagrada, este hábito que es un reflejo – muy pálido, por cierto -, del de la Mujer del Apocalipsis, envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas ? (cf. Ap 12, 1) Nos sentimos aludidos, cubiertos por estos adornos con los cuales está revestida la Bien-amada del Esposo, « *Han llegado las Bodas del Cordero y su esposa se ha ataviado : le han regalado un vestido de lino puro de una blancura esplendente.* » (Ap, 19, 7-8)

No tenemos que buscar otra identidad más que la de Dios Solo. Somos lo que somos, Hermanos comprometidos por el voto de castidad consagrada, como por la pobreza evangélica y la obe-

diencia religiosa, en esta Congregación fundada, bajo el impulso del Espíritu Santo, por Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes. Pongamos en práctica lo que hemos decidido vivir. Es inútil que planteemos otras cuestiones. Hemos sido llamados. Vivamos según la llamada recibida, en la fidelidad a la Regla de Vida que nos introduce en este camino de amistad con Jesús. Entonces comprenderemos lo que somos de verdad. Y todo esto por el voto de castidad y de los demás aspectos de nuestra vida de Hermano.

María es nuestro modelo y nuestra Madre. Es bueno para nosotros que finalicemos contemplándola. María, en efecto, « *es la que, desde su concepción inmaculada, refleja más perfectamente la belleza divina* » (VC 28). ¡Mirándola a ella, vemos a Dios!

Ella es « *un ejemplo sublime de perfecta consagración, por su pertenencia plena y entrega total a Dios* » (VC 28). En ella se da la virginidad estrechamente unida a la maternidad. Nos enseña, con su vida y con su sí, la fecundidad de la virginidad. Cristo ha nacido de la Virgen María. María es Madre de Cristo. La Virgen ha llegado a ser Madre por su sí, por el abandono de su vida a la voluntad de Dios. Su virginidad es el fruto de su vocación a ser Madre de Dios.

De este modo, María es signo de que Jesús es el Hijo del Altísimo, y de que su venida en la carne es un acto totalmente libre del amor del Padre. Dios se entrega por nosotros, se hace uno de nosotros, nos hace hijos suyos, de una manera enteramente libre y gratuita. María es para nosotros el signo de que ella acoge en sí misma, en su cuerpo, el acto libre de Dios en su virginidad. Su virginidad indica que el “fruto” que lleva dentro viene de Dios y de Dios solo.

Aquí encontramos, sin duda, el significado fundamental de nuestra vida consagrada. Todo lo que somos y todo lo que hacemos deben encontrar su fuente en Dios solo. Por eso también, esta

divisa de “Dios Solo”, le pareció tan fundamental a Juan María de la Mennais.

María es « *pura receptividad a la libre gracia de lo alto* »<sup>28</sup>. María es la que recibe, en su alma y en su cuerpo, la capacidad de dar frutos que provienen del Espíritu de Dios.

Ella es el modelo de todos los consagrados, de todos los que y las que han hecho voto de castidad consagrada. Renunciamos en efecto al bien eminente del matrimonio para « *dejarnos cubrir por la sombra del Espíritu* » y recibir sólo de él nuestra fecundidad, la de dar a luz a Cristo en los corazones, especialmente en los de los jóvenes y los niños. Esta fecundidad no procede primeramente de nuestras capacidades o de nuestros talentos humanos como educadores. Procede del Espíritu y de sus dones gratuitos. Su gracia se hará más grande y más fuerte si nosotros nos hacemos más pequeños en sus manos. Esta es la paradoja de la consagración religiosa. En la debilidad está nuestra fuerza. En nuestra debilidad, mediante la fe, el Espíritu despliega todo su poder. María es el mejor ejemplo de ello. Lo mismo podemos decir de la Iglesia.

Somos los hijos de María. Cuida de nosotros cuando vivimos este voto que nos une tan fuertemente a ella. Le pedimos a menudo que nos ayude a comprenderlo y a vivirlo con un corazón en paz y lleno de fervor. Le presentamos nuestro apostolado para que ella nos ayude a dejar actuar al Espíritu como él quiere, no como nosotros queremos. Le ofrecemos este voto para que ella se lo ofrezca al Padre, en Cristo.

Que la Virgen María nos haga depositarios de ese inmenso amor por Dios, ella que es la Esposa muy amada:

« *Me han encontrado los guardias que rondan por la ciudad: “¿Visteis al amor de mi alma?” Pero a penas los pasé, en-*

---

<sup>28</sup> Un Cartujo, *La felicidad de ser casto*, p.196

*contré al amor de mi alma. Lo agarré y ya no lo soltaré... » (Ct 3, 3-4).*

Que la Madre de Dios nos ayude a gustar la alegría del don total por amor. Que, por su plegaria, el Espíritu del Señor nos transforme y manifieste en nosotros frutos de salvación y de paz.

*« Alégrate, la estéril, que no dabas a luz, rompe a cantar de júbilo la que no tenías dolores: porque la abandonada tendrá más hijos que la casada, dice el Señor » (Is 54, 1).*

Hermano Yannick HOUSSAY, s.g.  
El 1 de Enero de 2010  
en la Fiesta de María Madre de Dios.

## ***TOMA MI SÍ***

María,  
Virgen de la Anunciación,  
toma el sí de mi respuesta  
a la llamada del Señor.  
Guárdalo en tu SÍ,  
porque tú sabes  
cuánto me cuesta decir mi sí  
frágil, parcial, entregado y recuperado.

Haz que el gozo y la esperanza  
que tú llevaste a Isabel  
canten todavía el Magnificat,  
a las puertas de mi casa.

Sobre todo que yo sea como tú,  
un misionero en camino,  
pobre en medios, rico de tu Hijo,  
Él que hace saltar de gozo  
a los hijos del reino.

Tú, la sierva llena de amor,  
haz que yo sea humilde y fiel,  
en el servicio,  
hasta la cruz,  
y que me deje salvar por tu Hijo,  
para que Él sea  
mi sabiduría y mi justicia,  
mi santidad y mi libertad.

Guárdame en el camino  
que conduce a la fiesta del Amor.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Giovanni Maria Bigotto, fms, *Marie des Évangiles*.